



Laboratorio en la Facultad de Farmacia del CEU en Montepríncipe (Boadilla del Monte). / SANTI BURGOS

La universidad privada se expande con alumnos felices

Sus estudiantes valoran las prácticas, tutorías e instalaciones

ELISA SILIÓ, **Madrid**
 Desde que se terminó la implantación del Plan Bolonia en España, el número de estudiantes en la universidad privada no ha dejado de crecer —de 174.300 en grado en 2015 a 278.300 en 2022 (un 62% más)—, mientras que en ese período menguaba un 6% en la pública (de 1.101.300 a 1.075.000). En parte, el contundente dato se explica por la eclosión de las privadas, que han pasado a ser 90 (22 de ellas abiertas desde 1998, cuando se inauguró la última pública). Pero la explicación de su éxito no puede reducirse solo al crecimiento de estos centros educativos —hay otros dos en camino en Andalucía—, sino en el trato que reciben sus alumnos. Un tema espinoso por el que los rectores de la pública tratan de pasar de puntillas y del que queda constancia en el estudio *Experiencia del estudiantado*

en el sistema universitario español, encargado por el laboratorio de ideas sobre la universidad Espacios de Educación Superior (ESdeES): el 40% de los matriculados en la privada está muy satisfecho con sus profesores, frente al 11% de los de la pública.

Un tercio de los inscritos en la privada no estudian en la universidad que inicialmente querían, frente al 15% de los matriculados en la pública, que está infrafinanciada. Es decir, ingresan en muchos casos de rebote por no lograr una plaza en una universidad con más reputación y con una enorme diferencia de coste. Por ejemplo, un curso de Medicina cuesta hasta 1.300 euros en la red pública (difiere según la comunidad autónoma) y hasta 20.000 en la privada. Los alumnos que no ingresaron en el campus que querían se concentran principalmente en las carreras

de ciencias sociales (Derecho, Económicas, ADE) y en ciencias de la salud. En esta última área de conocimiento la demanda de plazas en la pública es infinitamente mayor a la oferta, y eso que este curso se ha aumentado el cupo en primero de Medicina.

En muchas de las privadas los bachilleres acceden con un expediente peor que el de la pública —es el motivo por el que están allí— pero el rendimiento académico es mayor. Aprueban el 85% de los créditos en los que se inscriben, frente al 75% en la pública, según los datos del Ministerio de Universidades.

El 61,6% de los estudiantes de la privada, frente al 40,2% de los de la pública, cree que en el futuro trabajará en un puesto relacionado con sus estudios. Más allá de la red social que pueda tener el alumno de la privada —a más recursos familiares, mayor acce-

Una mayor orientación profesional

“Las universidades públicas observamos con recelo, pero al mismo tiempo con displicencia y superioridad a las privadas, ya que son centros que no investigan”, reconoce el catedrático de Ciencias Políticas y de la Administración de la Universidad Pompeu Fabra (pública) Carles Ramíó en su libro *La Universidad, en la encrucijada*. “Esto es cierto, pero quizás cuidan mucho más la docencia y con una orientación instrumental de carácter profesionalizador, que cada vez es más atractiva para las familias de renta media-alta”. Los datos de la encuesta avalan las palabras de Ramíó: reciben mayor orientación profesional (42% en las privadas, frente al 20% en las públicas), acceso a tutorías (el 36% no acude a ellas nunca en la privada, frente al 52% que no lo hace en la pública) y atención emocional (la valoran con un 5,8 sobre 10 frente a un 4,6 que le dan los alumnos de la pública).

que les ofrecen las universidades. El 40% de los alumnos de la privada están muy contentos con sus profesores, mientras que en la pública es el 11%. Son datos duros. Como el caso de las prácticas, cada vez más necesarias para la empleabilidad”, argumenta Alfonso González Hermoso de Mendoza, presidente de ESdeES. “Las diferencias son escandalosas y es una de las fisuras por las que se está rompiendo la Universidad pública”.

Tiempo a la investigación

En un análisis de la encuesta, Germán Gutiérrez Oeo, de la Coordinadora de Representantes de Estudiantes de Universidades Públicas (CREUP), reprocha a las facultades que muchas clases sigan siendo magistrales, lo que se ha quedado “anticuado y no motiva”, en vez de “apostar por otras formas de aprendizaje, como seminarios, talleres, prácticas, visitas para orientar profesionalmente”. Para ello, en opinión de CREUP, habría que apostar por “servicios de orientación académica y laboral, fomentando la gestión de actividades que acerquen al estudiantado al mercado laboral”.

“En las universidades públicas han hecho tope los indicadores relacionados con la investigación y vamos hacia una puesta en valor de temas de enseñanza. El MIT [Massachusetts Institute of Technology], en un informe, dice que el 80% del tiempo debería dedicarse a la docencia”, prosigue el presidente de ESdeES. “Las universidades públicas tienen que reorganizarse, el estudiante tiene que ser el corazón. Hay facultades sin vicedecanos de estudiantes o les llaman jefes de estudio”, se lamenta.

En la actualidad, la carrera académica de un profesor de una universidad pública está absolutamente ligada a la producción científica, los méritos más valiosos para subir en el escalafón. Y eso provoca que los profesores apenas impartan clase si pueden evitarlo. Al ministro en funciones de Universidades, Joan Subirats, le preocupa y lo puso de manifiesto en una entrevista en este diario: “Una forma de defender a los estudiantes es defender la docencia. Hay gente que dice: ‘Si quitas la investigación en la Universidad, es una academia’. Bueno, ni una academia ni un laboratorio”.

“Existe un descuadre entre las metodologías de docencia y lo